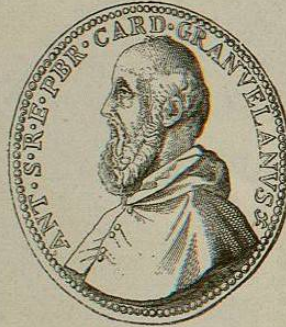


olas estaban sembradas de informes restos. Fué preciso pasar tres días al abrigo de Petala. Don Juan de Austria calculó en treinta mil el número de los turcos muertos y en doce mil el de esclavos cristianos libertados (1). Hizo luego la repartición de los cautivos musulmanes y de las ciento diez y siete galeras, y le tocaron en lote seis galeras y ciento setenta y cuatro esclavos, habiendo recibido un esclavo cada capitán (2).

Fué menester un mes para que el correo que salió de Lepanto llegara al Escorial (3). El rey



Medalla conmemorativa de la entrega de la bandera de la Liga Santa



Medalla conmemorativa de la batalla de Lepanto (Tamaño natural)

El papa Pio V no se creyó obligado á disimular tanto su júbilo ni á cubrirlo con tantas ceremonias. Con extraña libertad de expresion hubo de comparar á Don Juan con San Juan. «Y hubo, recitó, un hombre enviado de Dios, y su nombre era Juan.» El Ticiano volvió á tomar sus pinceles, á pesar de sus noventa y cinco años, para celebrar con una última obra la victoria de Lepanto (7). Don García de Toledo, poseído de la alegría universal, exclamaba á su vez: ¡Ahora á conquistar á Jerusalem! (8). La Grecia estremecida esperaba á su libertador; los cristianos de Morea corrian ya á las armas (9); y la cólera y el terror turbaban el Divan (10). «Si el tiempo no estuviese tan adelante, bien nos pudiéramos ir seguramente hasta Constantinopla ó al menos tomar toda la Grecia; empero es ya invierno» (11). ¿Qué vale más? ¿no aprovechar la victoria ó arriesgarse á un de-

(1) *Doc. inéd.*, tom. XXI, pág. 370.

(2) *Ibid.*, tom. III, pág. 227.

(3) *Ibid.*, pág. 253. El 8 de noviembre.

(4) *Ibid.*, pág. 258.

(5) *Ibid.*, pág. 239.

(6) Fué destruido despues en el gran incendio del Escorial.

(7) Este cuadro está en el Museo de Madrid y denota la decrepitud del maestro. El Ticiano vivió de 1477 á 1576.

(8) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 31, Don García á Don Juan, 5 de noviembre.

(9) Paparrigopoulo, *Historia de la civilizacion helénica*.

(10) Cartas de Noailles en la Colección de *Negociaciones de Francia en el Levante*.

(11) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 224, Don Francisco de Munillo á Antonio Perez, 9 oct. 1571.

estaba rezando vísperas. «Su secretario entró en el coro de priesa y no con la cuotidiana composición... y S. M. no se alteró, ni demudó, ni hizo sentimiento alguno, y se estuvo con el semblante y serenidad que ántes estaba hasta que se acabaron de cantar las vísperas» (4). Entónces mandó que se cantara el *Tederum*. El día siguiente fué consagrado á una piadosa fiesta, en la que se vió al rey seguir la procesion muy devotamente (5). El Sandjak ó gran estandarte de los turcos fué entregado á los religiosos del Escorial (6).

sastre en las tempestades de otoño? Don García que ve pasar los días, comienza á reconocer que la navegacion no es bastante segura para permitir una nueva empresa (12). Don Juan tiene prisa en gozar su gloria en medio de las napolitanas: teme perder sus naves y las reservas para la conquista de Túnez en la primavera (13); con esto renuncia á nuevas empresas y vuelve á Italia.

IV.—La expedición de Túnez

No sin repugnancia debió prestarse Felipe II á negociaciones emprendidas á la sazón por el duque de Medinaceli para apartar de la Puerta á Uluch Alí. La armada turca está destruida, escribe el duque: Uluch Alí, uno de sus mejores marinos, se ha escapado; es un italiano de Licasteli, en Calabria, súbdito de V. M. (14) y no está tan despegado de los intereses de su pueblo natal que deje de hacer algun bien á sus parientes. Los que han negociado con él rescates de cautivos tienen motivos para creer que está dispuesto á entrar al servicio del rey, cuanto más que su precipitada huida de Lepanto ha de haberlo hecho sospechoso al sultan.—Tres

(12) «Yo tengo por cierto no podrá V. A. hacer por agora otra cosa.»

(13) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 34.

(14) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 457, Medinaceli al rey, 26 de noviembre 1571. Puede observarse tambien aquí cómo Brantome, que refiere el mismo detalle, estaba bien informado.

hermanos corsos mantenian de algun tiempo atrás relaciones secretas con el jefe de los argelinos; los parientes de Calabria ofrecieron su intervencion y se llegó á esperar por un momento que seria capaz de dar Argel al rey Católico (1).

Pero recibió de Constantinopla proposiciones más ventajosas: el sultan le confió el mando de la nueva escuadra que armaron sus arsenales y pusieron en campaña seis meses despues del desastre de Lepanto. «Lo habia previsto y anunciado, escribe el veneciano Marco Antonio Bárbaro (2); me contestaron que estarian mucho tiempo sin armada, y tienen ahora ciento veinte galeras sobre las que les quedaban.»

Enfrente de esta actividad se encuentra España, como siempre, detenida por la lentitud de sus hombres de oficina. El tiempo es nada para Felipe II y sus secretarios. Seria injusto atribuir la pérdida de tiempo únicamente á la excesiva circunspeccion ó prudencia del rey: el miedo á la precipitacion es igual en sus empleados, en la mayoría de sus súbditos.—«El que tarda recauda,» dice un refran español, y «á demanda presurosa respuesta espaciosa,» añade otro (3). Don Juan que no está aún habituado á esta inercia, se lisonjea de tomar á Túnez en una rápida campaña de invierno, de reunir despues en la primavera su escuadra con la de Italia y atacar á Constantinopla (4). ¡Vanos proyectos! El mes de mayo llega ántes que los españoles hayan salido de Mesina. Entónces hay que esperar á Colonna con la escuadra pontificia (5); y esta no ha parecido aún á fines de julio. Don Juan le da cita para Corfú y allí lo está esperando todo el mes de agosto. Sólo encuentra la nueva escuadra turca, cambia con ella algunos cañonazos (6), le ofrece la batalla en la rada de Navarino, pero tiene el despecho de ver que las galeras turcas se retiran á lo largo de la costa bajo la proteccion de los muros de Modon. Tiene, pues, que volver á Sicilia: se ha perdido el año (7). Nunca se halló un hombre de más vastos proyectos en mejor situacion de ejecutar las más extraordinarias empresas, pero reducido siempre á la impotencia por infinitos obstáculos, siempre ligado con multitud de lazos que sin cesar se reanudaban á su alrededor, víctima de los inquietos celos y recelos que

(1) Ms. Bibl. nac. 10752, Fourquevaux á Catalina, fol. 209, abril de 1569.

(2) Relaz. 1573, Alberi, tom. III, pág. 306.

(3) Los adagios de este género son numerosos.

(4) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 49 á 70.

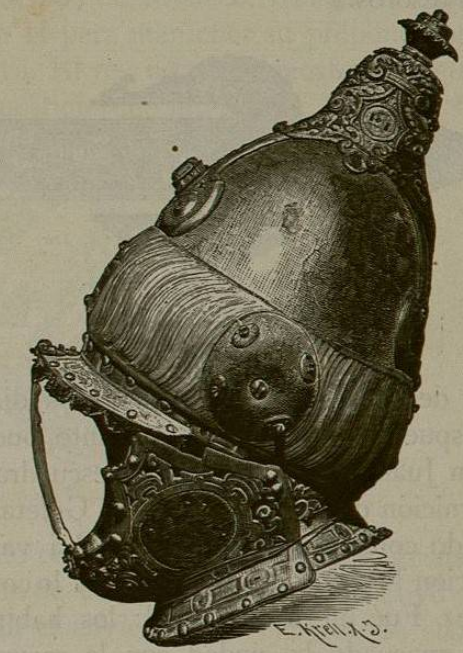
(5) *Ibid.* pág. 83.

(6) *Ibid.* nota de Fray Miguel Servia, tom. XI, pág. 373-378.

(7) *Ibid.* pág. 384.

contenian todo arranque bajo la mano de Felipe II.

Todavía un invierno en el afán de mantener la liga y conservar una escuadra cuyas dotaciones reclutadas en naciones diversas, desertan ó riñen; todavía una primavera esperando las escuadras aliadas; todavía dilaciones. Don Juan insiste en su empeño, con los ojos puestos en Túnez y el pensamiento en los arsenales de Constantinopla que han reparado el desastre antiguo ya. Despues de la primavera, se pierde



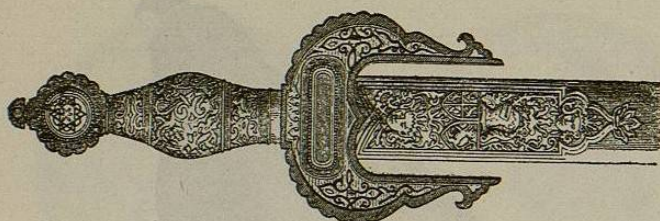
Almete procedente de la batalla de Lepanto (Armería real de Madrid)

el verano, como los años anteriores: Felipe II no envía órdenes ni dinero. El otoño se acerca á más andar; y hé aquí que hace dos años que se destruyó la armada turca sin que se haya hecho nada, sin haberse siquiera puesto en aptitud de hacer algo.—Hallándose como se halla esta armada sin un real y con muchos millares de ducados de deudas, escribe Don Juan á Granvela (8), cada día que retarda su partida, la hace más difícil é imposible.—Y hace tambien más formidable al enemigo: veis aquí que Venecia abandona de pronto á unos aliados tan lentos en moverse y ajusta separadamente su tratado con Turquía consintiendo en el abandono de Chipre y obligándose á un tributo de cien mil ducados, condiciones tan vergonzosas como si los turcos hubieran sido los vencedores de Lepanto (9).

(8) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 126, del 2 de setiembre 1573.

(9) Dumont, *Corps dipl.*, tom. V, part. I, pág. 218. Se sospechó que Francia negoció esta paz separada. V. *Carta de un francés sobre la preeminencia del rey de Francia*. Imp. de Mamerto Patisson 1594, pág. 15.

Esta defeccion consterna á los españoles. «Puedo asegurar muy bien que desesperan hablando hasta de ahorcar venecianos» (1). Pero el mismo Felipe comienza á desanimarse ante esta guerra ruinosa y esta impotente armada. «Está tan embarcado por induzion de clérigos y letrados en lo de Levante, escribe el secretario Zayas al duque de Alba (2), que no habrá volver atrás hasta que las mismas cosas nos desengañen y muestren que todo aquello es sueño y muy pesado para quien en ello consume sus tesoros.»



Espada de Don Juan de Austria
(Armería real de Madrid)

El 7 de octubre de 1573, dos años día por día, despues de la batalla de Lepanto, puede al fin Don Juan presentarse con su escuadra ante la guarnicion de los fuertes de la Goleta. Fué aclamado como un conquistador. La valiente guarnicion le sirvió de vanguardia y lo condujo á Túnez. Fué un triunfo fácil: los habitantes habian evacuado la ciudad con la guarnicion turca: los caides de las tribus árabes le llevaron presentes y le hicieron espontánea sumision. Las puertas de las casas de Túnez fueron derribadas, y despues de algunos días dados al pillaje, se embarcó otra vez Don Juan, dejando en la ciudad ocho mil de los mejores soldados de su escuadra, con víveres y un importante material de guerra (3).

Hubiera querido Felipe II que se desmantelara la ciudad y se evacuara (4); pero Don Juan esperaba obtener del nuevo pontífice Gregorio XIII la investidura del reino de Túnez; por de pronto sólo recibió una rosa de oro. Sus proyectos, su gloria, acaso su influencia con el Padre Santo comenzaban á mortificar al rey de España. Su secretario Soto, sospechoso del crimen de haber mediado en las negociaciones entre el Papa y Don Juan sobre la corona de Túnez, cayó en desgracia del rey y fué reem-

(1) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 29, Saint Gouard al rey, 25 abril de 1573.

(2) *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 314.

(3) *Doc. inéd.*, tom. XI, pág. 413.

(4) *Ibid.*, tom. III.

plazado por Escobedo, cuyos consejos fueron impuestos al héroe (5).

Para consolidar la ocupacion de Túnez, era necesario arruinar los arsenales de Constantinopla y Don Juan pidió autorizacion para esta empresa. Felipe II contestó que era una temeridad, puesto que Carlos V, el siempre victorioso emperador, no habia creído oportuno atacar á los turcos en su propia casa.—A lo ménos es indispensable enviar refuerzos y víveres á los ocho mil hombres dejados en la costa de Africa (6). Pero el cardenal Granvela, virey de Nápoles, tiene buen cuidado de no consolidar el poder ni las fuerzas de Don Juan en Túnez. Ninguna política parece más hábil á sus ojos que la de debilitar, la de arruinar artificiosamente el reino que está para nacer (7). Se sabe que se halaga á Felipe II afectando imperturbable seguridad sobre la suerte de Túnez y la Goleta.—Por lo que á mí toca, escribe el embajador Zúñiga al rey (8), no tengo la menor inquietud por estas dos plazas: pueden defenderse por sí solas y no hay ningun inconveniente en retardar el socorro.

Entónces fué cuando Uluch Alí atacó á Túnez y la Goleta, tomó por hambre los fuertes, dejó que los árabes asesinaran á los españoles y arrasaran aquellas fortificaciones de la Goleta, que pocos años ántes consideraba Felipe II tan preciosas para enviar los refuerzos que hubieran sido tan necesarios entónces para la defensa de Malta. Esta conquista de Carlos V fué perdida para siempre; los ocho mil españoles fueron exterminados, y los turcos volvieron á ser dueños del Mediterráneo.

V.—Abatimiento de la autoridad real en Italia

Los católicos no quisieron creer que tan humillante desgracia sólo tuviera por causa la envidia de Felipe II, envidia á la fortuna de Don Juan por las probabilidades de soberanía más ó ménos lejana y acusaron sobre todo la negligencia del cardenal Granvela «que se entretenía con cortesanas, segun una copla de los romanos» (9), ó por el «poco gusto que tenia de acudir á Don Juan, segun la opinion de los españoles, envidioso de sus favores de Marte y Venus» (10). Difícilmente se admitirá que un

(5) Memorial de Antonio Perez, del hecho de su causa, pág. 188.

(6) Cabrera, tom. II, pág. 234.

(7) *Doc. inéd.*, tom. XXIII, pág. 238.

(8) *Ibid.*, tom. XXVIII, pág. 190, del 14 agosto 1574.

(9) Esta copla está citada por Brantome.

(10) Cabrera.

político de la valía de Granvela hubiera olvidado su deber en tan miserables pensamientos: el abandono de la Goleta parece harto explicado por la sorda resistencia del mismo rey á la ambicion de su hermano, por el cansancio de Don Juan, que despues de cuatro años renuncia á luchar contra la inercia del gobierno español y se entrega á los placeres en Nápoles (1); en fin por la tibieza general, por el abatimiento que señala un nuevo período en el reinado.

Italia está inquieta y agitada: los nobles del reino de Nápoles, no contentos con haber rechazado la Inquisicion, se unen en liga secreta, la liga de los *Blancos*, para obtener lo que acaban de pedir los señores flamencos, institucio-

nes provinciales y la partida de las guarniciones españolas (2). Pero en Génova es donde las complicaciones son más peligrosas.

Génova era una república decadente que habia pasado del protectorado de Francia al patronato de España (3).

La faccion popular, que era, no una democracia, sino el partido de los nobles de reciente origen, permanecía á la devocion de Francia; la de los antiguos nobles que dirigian la familia Doria, soberana de Oneglia, y la familia Grimaldi, soberana de Mónaco, reclamó el apoyo de Felipe II para mantener su preponderancia en Génova. El rey no podia mostrarse neutral en una cuestion que interesaba á Doria. El ma-



Medalla conmemorativa de la expedicion de Túnez

rino Juan Doria era propietario de la mayor parte de las galeras genovesas de la armada de Lepanto. Pero por otro lado, temia Felipe II justificar una intervencion de Francia (4), y se limitó al principio á dar consejos que simulaban imparcialidad. Envió tambien á Génova á Don Juan de Idiaquez, el cual procuró conciliar los ánimos repartiendo igualmente entre ellos las dignidades de la república. Este acomodamiento no restableció la paz por más tiempo de un año, y fué menester luégo que el duque de Gandía se presentara con tropas españolas, que Doria amenazara á la ciudad con un sitio por mar y que el Padre Santo interviniera por ministerio de un legado, para que las familias de los antiguos nobles no fueran expulsadas. Este

empeño ocupó á Felipe II el año mismo de la pérdida de la Goleta y no contribuyó poco á impedir el envío de un ejército de socorro á Africa.

Por fortuna de la cristiandad el poder otomano se precipitó á la sazón en una decadencia más rápida. El sultan Selim, que se hacia enviar de Chipre, su nueva conquista, el vino de la Encomienda, vaciló despues de haber bebido y se rompió la cabeza contra el mármol de sus baños. Su hijo Murad se encerró en el kiosko de Scutari con la hermosa Baffo. Esta esclava veneciana incurrió en el desagrado de la madre del nuevo sultan, la cual le suscitó quinientas rivales. Murad, en medio de ellas, olvidó su escuadra, ahorcó á Mahomed el Halcon y pidió fuerzas al opio. Con esto cesó la Turquía de pesar sobre el reinado de Felipe II.

La inaccion y los proyectos romancescos agotaban igualmente á Don Juan de Austria: jugar á la pelota, cortejar á las napolitanas, reñir con los representantes de Felipe vinieron á ser sus únicas ocupaciones. Dejó de ser el hombre de accion que hace pasar su energía al alma de los demás; se exaltó con proyectos irrealizables, pensó en llegar á ser rey de Francia, y oyó del frio y honrado Don García de Toledo reflexiones como la siguiente, cuando se supo la

(1) Cabrera. «Porque la gentileza de la tierra y de las damas agradaba á su gallarda edad.»

(2) *Doc. inéd.*, tom. XXIII, pág. 238 á 246.

(3) España poseía en Italia, sobre los reinos de Nápoles y Sicilia y el ducado de Milan, los presidios de Toscana, Orbitello, Porto Ercole, Monte Filippo, Porto San Stefano y Porto Longone. Los duques de Saboya, de Parma y de Ferrara eran vasallos suyos, como la república de Génova. El rey de Francia Carlos VII se declaró protector de Génova en 1458; sobre sus relaciones secretas con los Fieschi y los Fregosi, véase la *Rev. de los doc. hist.* año 1880, pág. 69.

(4) La política interior de Génova, las causas de la decadencia de esta república que habia armado ciento sesenta galeras en el siglo XIII, y la historia de las familias nobles se resumen en un notable folleto, muy raro en Francia, publicado en Milan en 1575, por Uberto Foglietta. Véanse especialmente las páginas 102 á 109 y la invitacion á Doria para hacer donacion de sus galeras (pág. 139, 162, 172).

muerte de Carlos IX: «Si para ser rey de Francia tuviese V. A. el derecho conforme á los méritos, podría ser luégo coronar sin contradiccion ninguna; mas habiendo de ir esto por sucesion, podríamos echar los ojos á lo que va por eleccion y por méritos, y cuando vacase lo de Polonia con el nuevo reino y herencia del que agora lo tiene, podría ser tentado con el rey nuestro Señor que encaminase y procurase la eleccion para V. A.» (1).

Este héroe inquieto va á ser en fin llamado

á levantar la fortuna de Felipe en los Países Bajos. Ha debido suspenderse la narracion de los acontecimientos del Norte en el momento en que el duque de Alba se disponia á ponerse en marcha, de modo que no la suspenderemos ya á contar de la época en que Felipe, separándose de la política conciliadora de Margarita, se empeña en un sistema de represion extremada y de autoridad absoluta, gasta sus fuerzas, y quiere volver de nuevo á la conciliacion enviando á Flandes al vencedor de Lepanto.

CAPITULO XV

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA CATALINA DE MÉDICIS Y LOS PAÍSES-BAJOS.—

EL DUQUE DE ALBA

1567-1569

PREPARATIVOS DEL DUQUE DE ALBA.—INFANTERÍA ESPAÑOLA.—PRISION DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORNES.—EL TRIBUNAL DE SANGRE.—ASESINATO DEL BARON DE MONTIGNY.—OMNIPOTENCIA DEL DUQUE DE ALBA

I.—Preparativos del duque de Alba

Mientras Malta estaba en peligro y la política de Catalina de Médicis preparaba complicaciones hostiles, Felipe II no perdía de vista los Países Bajos ni cesaba de anunciar su partida para el Norte. «El caudal que yo hago de vuestros advertimientos, escribía á Granvela (2)... Montigny y Bergues así se están aquí y estarán todo el tiempo que será menester, aunque ellos hacen harta instancia que se les dé licencia para partirse... No puedo impedirles de enviar cartas, bien que se les vigile de cerca: se hace lo que se puede; pero es de menester quitar el alarma. He de ponerme en camino con un ejército.» Y cuando sabe por un aviso de Don Francés de Alava que se ha visto pasar cerca de Paris un correo de á pié que hacia diez y ocho leguas de jornada, con cartas de Montigny (3), el rey, segun su costumbre, pone al márgen «ojo.» En lo de partir él mismo, no ha pensado

(1) *Doc. inéd.*, tom. III, pág. 149, Don García á Don Juan, 30 de junio 1574.

(2) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 337, el rey á Granvela.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 70, del 6 de marzo de 1567. «Cuatro dias ha que pasó cinco leguas desta villa un correo de á pié á diez y ocho leguas al día, embiado de Montigni, y entiendo que por allí han pasado otros tres ó cuatro suyos: vienen con nombre de que los embia el capitan de los archeros flamencos de V. M.: parten de noche de Madrid.»

siquiera: ni se atreveria á confiar en la hospitalidad de Catalina, como Carlos V confió en la de Francisco I, ni á correr el riesgo de una travesía por mar, pues conserva un doloroso recuerdo de sus navegaciones, aunque en su sentir, «esto tiene de bueno el mareado que en viéndose en tierra, se pierde y olvida de todo» (4). Pero se afana con sus secretarios en la redaccion de un despacho en latin bárbaro para dar sus poderes al duque de Alba.

«Nos que en toda cosa y en todo negocio, con madurez y luenga deliberacion, justa y legítimamente pensamos y reflexionamos en todo lo que exige pensamiento y reflexion, nos curamos de estatuir, decidir y proceder con el mayor cuidado...» (5).

En estos términos, pues, da encargo al duque de Alba de someter á juicio á los caballeros del Toison de oro que fueron autores ó fautores de la rebelion, y de no tener en cuenta los privilegios de la Orden, ni ménos inquietarse por los juramentos reales. Notable prevision, que le hace anular, muchos meses ántes de violarla, la

(4) *Corresp. de Margarita*, tom. II, prólogo, pág. 70.

(5) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 345, 15 abril 1567. «Nos qui in omni re atque negocio mature magna cum deliberatione, juste ac legitime, pensatis ac consideratis omnibus que pensanda et consideranda sunt, statuere, decernere et procedere omni studio curamus...»

ley que puede poner obstáculos á sus pensamientos de venganza: aparta del duque de Alba los incidentes de procedimiento y los escrúpulos de legalidad que podrian retardar sus golpes, y arregla en su imaginacion los menores episodios con tal extension, que declara el mismo duque no haberse visto ligado en sus misiones anteriores por instrucciones tan estrechas (1).

El duque de Alba tiene en esta época poco ménos de sesenta años: es alto (2), delgado, seco, irascible; tiene la cabeza muy pequeña y la barba larga y canosa. No tiene al parecer más prisa que Felipe de ponerse en camino: menudeando sus cartas para reunir las galeras y barcos de transporte y los víveres (3), se entretiene, sin embargo, «tan enamorado de Doña María Manrique que no tiene momento de reposo sino cuando la ve, que es con la frecuencia posible» (4).

Apénas arrancado á esta pasion senil, cuando es detenido por la gota en el cabo de Creus (5). Despues se embarca en la flota de Doria, reúne sus tropas en Génova, y avanza al través de Saboya con mil doscientas cincuenta lanzas, ocho mil ochocientos españoles de los tercios de Lombardía, Nápoles, Cerdeña y Sicilia (6), y tres mil bisoños. Llevaba á sus órdenes como principales oficiales, dos veteranos de las guerras de Carlos V, Mondragon y Sancho de Avila, á su hijo Fadrique, su bastardo el prior Hernandez de Toledo y al italiano Chiapin Vitelli.

Pero la desercion comienza desde las montañas de Saboya. «Los desertores, escribe Alba al rey (7), son en tan gran número á lo que me dicen los maestros de campo, que estoy espantado.» El dinero, otra señal alarmante, falta desde el primer día: la mala administracion y las dilapidaciones han consumido los recursos reunidos con detrimento del comercio de Sevilla; los soldados están descontentos por no recibir sus soldadas; el duque de Saboya importuna al orgulloso general reclamando una suma debida de mucho atrás por las pagas de cinco mil pia-monteses que hubo de enviar al reino de Nápoles.—He hecho semblante, dice el duque de Alba, de no entender cosa de lo que queria decirme: bien creo que me han de tener por

miserable; pero ya he pasado la vergüenza (8). En Besanzon nueva dificultad. Besanzon es del rey de España, que recibe de sus burgueses un impuesto de quinientos francos anuales: la ciudadela es del emperador; la justicia depende del duque de Orange que es alcalde hereditario de la ciudad; en fin, «ciertos fautores de turbulencias comienzan á llevar á ella novedades» (9). El duque de Alba no es para tolerar semejantes complicaciones; temiendo que el espíritu formalista del rey retarde las medidas oportunas, toma de suyo las disposiciones necesarias. Se necesitaba una resolucion pronta, decia; y crea un tribunal independiente del parlamento de Dole; aumenta las facultades del teniente del rey, y para asegurar esta autoridad deja una guarnicion de algunos centenares de soldados bajo la expresa condicion de no estar á disposicion de la jurisdiccion eclesiástica (10).

El 8 de agosto, dos meses y medio despues de haber desembarcado en Génova, no ha pasado aún del Luxemburgo el duque de Alba: se detiene con el duque de Lorena, del que hay que desconfiar, por lo afecto que es al rey de Francia, «como á hombre que de la noche á la mañana les puede con un alguacil de palo echar de sus casas» (11). Por lo demás, está orgulloso de la impresion que ha causado en Europa el aire marcial de su ejército durante esta prolongada marcha: los hombres de guerra acudian á ver desfilar á soldados tan ricamente armados, que más bien se les tomaba por capitanes (12).

II.—La infantería española

El tercio español se formó lentamente durante las guerras de Italia y vivió hasta la batalla de Rocroy. Constaba de un criado y de una mujer por soldado, lo que hacia decir al duque de Alba: «Un ejército de treinta y dos mil combatientes representa cerca de cien mil bocas que alimentar, ó poco ménos (13).» Brantome hubo de tomar por meretrices á estas mujeres que no sino parecian princesas por sus atavíos (14), cuando las vió desfilar á caballo con el ejército que el duque de Alba llevaba á Flan-

(8) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 380.

(9) *Ibid.*, tom. XIV, pág. 434. Esta carta del duque de Alba al rey tiene la fecha del 14 de diciembre de 1571; es un error evidente de los editores. El duque de Alba estuvo en Besanzon en julio de 1567 y no volvió mas. El tumulto de Besanzon de que se hablará mas adelante, fué en 1575.

(10) *Doc. inéd.*, tom. XIV, pág. 446.

(11) *Ibid.*, tom. IV, pág. 379 y siguientes.

(12) Brantome.

(13) *Doc. inéd.*, tom. XXXII, pág. 13, Alba al secretario Delgado, del 20 de febrero de 1580.

(14) Brantome. *Rodem. espag.* Bien debia haberlas igualmente.

(1) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 354.

(2) Badoaro, *Relaz. ven.* «Di persona grande, magra, piccola testa, colerico et adusto.»

(3) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 349 y siguientes.

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, Fourquevaux á la reina madre, fol. 610.

(5) El 4 de mayo de 1567, *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 360.

(6) *Ibid.*, pág. 382.

(7) *Ibid.*, pág. 372.